

obtuvieron el mismo éxito el *Martirio* de los hermanos Vicente, Sabina y Cristeta, y las *Vidas de los Padres*, siendo muy dignas de estima las numerosas epístolas, en que ya dirigiéndose á su maestro y á sus condiscípulos, ya á los monarcas visigodos Chindaswinto y Receswinto, acreditaba la singular estima en que sus más ilustres coetáneos le tuvieron ¹.

Contribuía pues el discípulo de Isidoro al mayor logro de la idea católica, alma de aquel esclarecido varón, y trabajaba para asegurar el triunfo moral de la raza hispano-latina por cuantos caminos le era lícito: inculcadas una y otra idea en su diócesi, ya con el ejemplo, ya con la palabra, sosteníalas denodado en los concilios; y poniendo delante de los cristianos el santo ejemplo de los mártires y la humilde abnegación de los ascetas, consignábalas por último en sus escritos, que se distinguen entre los de sus contemporáneos por la naturalidad, dulzura y elegancia de su estilo y lenguaje.

Pero lo que más gloria dá al obispo de Zaragoza es el haber merecido la predilección de Isidoro hasta el punto de considerarle digno de poner su mano en las *Etimologías*, que según queda advertido, quiso el sabio maestro someter á su ilustrada crítica. Sin duda, aunque pareció alterar Bráulio el método en ellas seguido, hubiera sido infecundo aquel maravilloso libro, si á la muerte del insigne maestro, no se hubiese apresurado á utilizar, en bien de la Iglesia, haciéndolas patrimonio de la escuela por él

¹ Entre las obras atribuidas á San Bráulio se cuenta un libro *De Adventu SS. Apostolorum Iacobi, Petri et Pauli in Hispanias*, y las actas de los mártires de Zaragoza con este título: *Passio SS. innumerabilium Caesaraugustariorum Martyrum*, etc. El erudito Risco, contra lo que habían asentado don Nicolás Antonio y otros respecto del segundo opúsculo, demostró que no podía tenerse por obra del discípulo de San Isidoro (*España Sagrada*, tomo XXX, pág. 311 y siguientes): en el mismo volumen recogió una preciosa colección de cartas escritas por el santo (con las respuestas de su maestro y de Emiliano, San Eugenio, Chindaswinto, Receswinto y San Fructuoso), compuesta de cuarenta y cuatro (pág. 175 y siguientes). El cód. j. b. 13 de la Bibl. Escripturalense, que dejamos citado arriba, contiene puestas en castellano, con otras epístolas de San Isidoro á Masona, San Eugenio y Leofredo, las señaladas en el catálogo del P. Risco con los números III, IV y VIII.

fundada á ejemplo de su maestro, las tareas de tantos años de meditación y de estudio. Y si como hemos dicho ya, nadie alcanzaba en la monarquía visigoda la autoridad de Isidoro para erigirse en maestro universal del clero católico, nadie lograba tampoco el prestigio de Bráulio, para transmitir sin sospecha de adulteración aquel inextimable tesoro á la juventud que se consagraba al sacerdocio. Así pues, asociado su nombre á la preclara fama del metropolitano de la Bética, recibían nuevo realce las obras de su pluma, y vinculaba en ellas el respeto de la Iglesia, haciendo á la causa de la civilización el más señalado servicio.

Bráulio, que en esta forma legaba su nombre á las edades venideras, quiso también en aquellos momentos de general expansión pulsar la lira cristiana para mostrar la pequeñez de las cosas mundanales y canonizar la austera virtud de los que, abandonando el fausto y la opulencia, se recogían al yermo, ganosos de la paz buscada en vano entre las gentes. Movido de este intento, escribía el poema *De vana saeculi sapientia*, y dirigía á Emiliano el celebrado himno que repitió la Iglesia con veneración profunda durante la edad media y es hoy cantado con el mismo respeto ¹.

Mas antes de que pidiese Bráulio á la musa del cristianismo sus peregrinos acentos, y en el instante mismo en que Leandro é Isidoro proclamaban la última derrota de los secuaces de Arrio, resonaron en el suelo español y salieron á la luz del día los misteriosos y sublimes cantares que debían publicar la grandeza de aquel anhelado triunfo. Máximo, obispo de Zaragoza, que precede á Juan, hermano de Bráulio ², y Conancio, obispo de Palencia, que se asienta en aquella silla después de Murila ³, fueron los

¹ San Bráulio decía en una de sus cartas á Frunimiano: «Hymnum quoque de festivitate ipsius Sancti (Emiliani) ut iussisti iambico senario metro compositum transmisi» (*España Sagrada*, tomo XXX, pág. 172). El referido himno principia así:

O magne rerum Christe rector inclyte,
Parens Olympi perpetim, cui sidera, etc.

² San Isid., *De Viris illust.*, cap. XLVI.

³ San Ildefonso, *De Viris illust.*, cap. XI.

primeros que siguiendo las huellas de Leandro ¹, acudieron á la más pura fuente de la poesía cristiana para reanudar la interrumpida tradición de los Prudencios, Dámasos y Draconcios ².

Es en verdad un hecho digno de maduro exámen, y ya lo dejamos arriba apuntado: mientras las ciencias y las letras se alimentaban muy principalmente con los recuerdos de la antigüedad clásica, en la manera que muestran las *Etimologías*, se ostentaba la poesía fiel al principio que le había dado vida, rechazando

¹ Como dejamos ya notado en el capítulo anterior, corresponde también á San Leandro la gloria de haber sido el primero que aun antes del tercer concilio Toledano atendió á poner en verso latino gran parte de los salmos, siguiendo así el ejemplo de Dámaso, quien desde el siglo IV había ordenado que se cantasen en toda la cristiandad, según saben ya los lectores (cap. VI, p. 239). San Isidoro decía respecto de este punto: «Sequidem et in ecclesiasticis officiis idem [Leander] non parvo elaboravit studio. In toto enim psalterio duplici editione orationes conscripsit: in sacrificii quoque laudibus, atque psalmis multa dulcissime composuit» (*De Viris illustribus*, cap. XXVIII). También en los versos á su Biblioteca dió á entender que su hermano había cultivado la poesía, apellidándole *vate*.

² Es de suma importancia para estos estudios el recordar aquí que á pesar del ejemplo dado por la Iglesia italiana, no había dominado todavía en la española la costumbre de cantar himnos, dedicados á los santos y á los mártires en los oficios eclesiásticos. Sin embargo ya habían comenzado á penetrar estos cánticos en la liturgia de la Iglesia española, siendo verosímil que se diese la preferencia á los de Prudencio, cuando se recibían los de Hilario y Ambrosio, como demuestran no pocos vestigios conservados en nuestra antigua himnodia (Arévalo, *Hymn. Hisp.*, págs. 103 y 327). Mas hasta el IV concilio Toledano, que según vá dicho presidió San Isidoro, no se adoptó sobre este punto una resolución terminante y favorable á los himnos, mandándose en el cánón XIII que no se omitieran en modo alguno en los oficios divinos. Con tanta exactitud cumplieron los PP. este precepto, que al celebrarse el VIII concilio [653] disponían que no se diese orden alguno eclesiástico á quien no mostrara saber todo el salterio ó al menos los cánticos más usuales y los himnos (totum psalterium, vel canticorum usualium et hymnorum, cánón VIII). Se vé por tanto que esta veneranda costumbre fué admitida y tomó incremento en España bajo los auspicios de Leandro ó Isidoro, y á consecuencia del cambio religioso operado en el tercer concilio Toledano, siendo en verdad no menos digno de notarse que sólo hasta este tiempo se hace mención de poetas, que como Máximo y Conancio, se consagraran públicamente al cultivo de la musa sagrada. En otro capítulo señalaremos el incremento que toma esta veneranda costumbre durante el siglo VII.

al par todo elemento contrario á la majestad y pureza del dogma. Intérprete de este, fundaba en su integridad sus más preciadas inspiraciones; y cuanto emanaba de tan venerado origen, cuanto contribuía á la exaltación del sentimiento religioso, era exclusivo objeto de la musa cristiana, que repudiando desde su aparición en el mundo las mentidas creencias y deidades del gentilismo, debía para ser consecuente alejar de su seno las reliquias de aquella civilización, de la cual había recibido, sin embargo, el tesoro de las formas ¹.

Atenta pues á la grandeza del dogma, inmutable por su naturaleza, revestiese de un carácter fijo é invariable, que comunicándole inusitada elevación debía transmitirse sin alteración alguna á las más apartadas generaciones. Máximo y Conancio, tomando en su diestra la olvidada lira de los profetas para derramar entre los fieles la consoladora luz de los salmos y tener encendida la llama de la fé, abrieron con sus piadosos himnos aquella nueva senda, en que debían entrar con firme planta otros no menos respetables varones. Estableciase de esta manera el más admirable y duradero concierto: reivindicando la poesía el alto ministerio que había ejercido en el pueblo de Dios, y santificada de nuevo en el templo, aspiraba al dominio absoluto del corazón, dejando á la ciencia humana el imperio de la inteligencia. Ponían ambas de relieve el estado político y religioso de la Península Ibérica, y debían ambas ejercer por consecuencia saludable influjo en los destinos de aquella sociedad que las abrigaba en su seno; siendo acaso las únicas áncoras de salvación que le ofrecía la Providencia en medio de la deshecha tempestad que había comenzado á rugir en las llanuras del Yémen, y que empezaba ya á extender sus negras alas sobre todos los pueblos de la tierra.

No otro era el fruto producido por los extraordinarios esfuerzos del episcopado español, á cuya cabeza hemos contemplado á los hijos de Severiano, siendo las más altas glorias de la Iglesia y las más elaras lumbreras de la ciencia. Á su talento y á su saber, no menos que á su virtud y á su amor patrio, es debido

¹ Véase lo que dejamos dicho en el cap. V, pág. 218, y añadimos en la ilustración I.^a del siguiente volumen.

aquel prodigioso desarrollo de la inteligencia: dejaban al clero español echados los fundamentos de una tradicion autorizada y vigorosa, y abierto el camino por donde habia de dirigir sus pasos en el instante de la tribulacion y de la prueba. Su influjo, fecundo y trascendental como su doctrina, no se reduce á un momento ni á una generacion determinada: trabajando por la Iglesia y para la Iglesia, llevaban sus vigiliass el sello de la perpetuidad que caracteriza á la misma religion; y ya se considere tan legitima influencia respecto de las disciplinas liberales, ya respecto de la poesia sagrada, conveniente es observar para prevenir extraños errores, en que ha caido la critica de nuestros dias ¹, que se reconoce y siente por el espacio de muchos siglos en el movimiento intelectual de nuestros mayores, llegando por entre vicisitudes y trastornos á comunicar los efectos de aquel primer impulso á los tiempos modernos.

Quitados ya todos estos notabilísimos hechos, así respecto de la religion y la política como de las ciencias y las letras; reconocidos sus primeros é inmediatos resultados, estudiaremos los que producen en las obras de aquellos generosos varones, que siguen más de cerca tan gloriosas huellas.

¹ Aludimos á la opinion vulgarísima de que sólo fué debido á los árabes, durante la edad media, el conocimiento de la filosofia aristotélica; y aunque no faltará ocasion de exponer latamente lo que en este punto pensamos, y queda ya hecha alguna indicacion oportuna, parécenos bien indicar que semejante opinion, como otras muchas que andan muy acreditadas entre los eruditos, por quererlo probar y explicar todo, deja un vacío inmenso en la historia de nuestra civilizacion, vacío que sólo puede llenarse siguiendo paso á paso el desarrollo intelectual de nuestros mayores y comenzando de nuevo tan peregrinos estudios.

CAPITULO IX.

ESCRITORES DE LA MONARQUÍA VISIGODA.

EUGENIO, ILDEFONSO, JULIAN, PAULO EMERITENSE, etc.

Efectos de la doctrina de Isidoro.—Inclinacion de los magnates visigodos al cultivo de las letras.—Receswinto y la ley de raza.—Estado respectivo de visigodos y romanos.—Autoridad del episcopado.—METROPOLITANOS DE TOLEDO.—Eugenio é Ildefonso.—Poesías del primero.—Sus diferentes caracteres.—Obras del segundo.—El libro *De Perpetua Virginitate*: índole especial de la elocuencia de Ildefonso.—Su libro *De Viris illustribus*.—Julian: sus obras teológicas: su *Historia rebellionis Pauli*.—Dotes y cualidades que en ella resaltan.—PRELADOS DE LAS PROVINCIAS.—Paulo Emeritense: su libro *De vita Patrum emeritensium*.—Tajon: sus escritos teológicos y morales.—Valerio: su vida ascética y contemplativa.—Sus obras; sus visiones. MAGNATES VISIGODOS.—Bulgarano: sus cartas.—Sisebuto: sus obras: su proteccion á los estudios.—Chindaswinto: sus epistolas, sus poesías, etc.—Resúmen.

El noble ejemplo de Leandro y de Isidoro, dando nueva y más fecunda direccion á la disciplina, la liturgia y las letras, é influyendo poderosamente en la política, halló en la corte de los reyes visigodos ardientes y generosos imitadores. Segundado por Braulio de Zaragoza aquel prodigioso movimiento de la inteligencia,